

al hombre de lejos, andaba ya muy abstraída o preocupada como para notar todo aquel pequeño despliegue mímico, benemérito para ella y desahogante para él, de comunicación, aliento y compañerismo situacionales.

Concluyendo octubre, y a las cuatro semanas y media de viajes a la Estación del Norte, el soleado otoño rompió en nubes y aguas vehementes que, derrotando a su gabardina con capucha, depositaron en la cafetería de sus Américas a un escritor ensopado pero feliz. En los borradores del bolsillo trasero de su pantalón, el último y temidísimo pasaje del texto, plegado en cuatro y garrapateado la noche anterior al dorso de una requisitoria de la comunidad de propietarios de su casa, estaba lo suficientemente atrapado como para no tener que aguardar más que media hora o una hora de suerte, y pulirlo definitivamente. Sin él apercibirse, los veinte versos y versículos en limpio de las primeras jornadas de trabajo habían ido pasando a treinta y a cuarenta por día, y ahora no se podía creer que aquella iluminada pesadilla hubiese terminado de veras y que, a falta de unos retoques y de las referencias finales, treinta y ocho folios mecanografiados dieran cuenta en su casa, junto a la máquina de escribir, de su loca temporada laboral semiferroviaria, convertida en algo ya.

Vio desde su mesa relucir de lluvia a los trenes recién llegados, buscó despacio con los ojos, sin encontrarla, a la muchacha de las ojeras, y dedujo que, así como él parecía haber sacado adelante su batalla, ella debía haber perdido la suya, o el mal tiempo la inhibía de acudir a la estación. Pero no. A poco de acomodarse y desenfundar el bolígrafo para reescribir la última y medio asegurada página, la vio entrar cerrando un paraguas color hueso y sentarse bien lejos, casi junto a las puertas al andén, en tanto el camarero le servía a él el carajillo de güisqui que, por la fuerza de la costumbre, ya no tenía que pedir.

Creía el hombre apreciar en la muchacha una distensión y un bienestar semejantes a los suyos y tal vez igualmente faltos de algo, de muy poco más, para redondearse del todo. El saludo a distancia consistió aquella mañana en un doble intento o esbozo de sonrisa. Con un ligero matiz: ella parecía haber recobrado por entero su serena inacción de los primeros días mientras que el hombre volvía a sumergirse en sus papeles. Como el tren chorreante que veía y sentía vibrar en el andén inmediato, también su texto había hecho un duro recorrido, tomado cuerpo a través de sombras inclementes y de aires contrarios; también se había ido dejando atrás agrias cordilleras y oscuridades desiertas, valles y correntadas, cables defectuosos y tramos flacos, delicados, donde tenía que trocar su empuje por puras lentitud y cautela. Pero la mano volaba ya otra vez sobre el papel, retocando el pasaje final del poema: una explicación o un exorcismo mirando al Sur desde el aeropuerto Kennedy de Nueva York. Lo leyó y lo releyó. Había quedado bien, sin tópicos ni demagogias, y el hombre, igual que un capitán de fútbol que alza la Copa en el estadio, levantó para él solo una mano en el aire con esa hoja última del borrador y luego, sin bajarla, miró a la mesa de la muchacha como notificándole, entre altanero y cordial, su buena nueva.

Sin embargo, ella no podía verlo. Estaba de espaldas a él y de pie, sumida contra el pecho de un grandullón con cazadora al que, aún en la distancia, pudo el hombre notarle los ojos húmedos y la cara conmovida. *«Debe haber esperado tanto o más que ella»*, pensó, y dejó la hoja en la mesa.

Después de casi dos minutos sin soltarse ni moverse, el grandullón tomó del suelo una bolsa marrón de viaje y echó a andar con la muchacha de las ojeras pasándole un brazo por los hombros. Marchaba mirándola y mirándola, tropezando en alguna silla, encaminándose hacia las puertas como si no le importara ya alcanzarlas nunca, ni ninguna otra cosa en el mundo. Pero, sin dejar de estrechársele, la muchacha se volvió un momento y el hombre de los papeles vio que lo miraba entendiéndolo todo, celebrando un instante, con él y por los tres, la terminación de los días difíciles.

Fernando Quiñones

